AHORA

Recuerdo aún la tarde en la que ningún amigo
llamó a mi puerta.

Yo tenía nueve años, el cielo estaba azul y el sol
ardía en los cristales. En julio ningún niño
debería llorar en la ventana.

Mi madre puso sobre la mesa dulce de membrillo
y algo más grande y más hermoso
que un verano,
algo que yo no supe interpretar entonces. Pensaba
que la amistad estaba por encima
de todo en este mundo.

Ella me acariciaba la nuca con ternura
para que no pudiera sentir la anchura exacta
y la medida justa de la desilusión.

Ahora
que ya no importa si alguien llama
o no a esa puerta,
ahora que mi madre ya no puede
poner sobre la mesa su dulce de membrillo,
ahora que me esfuerzo en recordar
sus manos en mi nuca para no sentir
la anchura exacta de otras desazones, ahora
que al fin he conseguido con el tiempo
interpretar bajo otro prisma lo que pensaba
que estaba por encima del mundo y de las cosas,
ahora que ya no arde en esa casa
el sol en los cristales y mis lágrimas

hace años que dejaron
su impronta en la ventana, ahora
que julio y el verano son de otros...,
ahora solo quiero
dejar constancia, al fin, de lo que importa:
agradecer así
su amor aquella tarde.

